

El río de los salvajes

(artículo publicado en la revista cultural La Grieta, San Martín de los Andes, Neuquen, marzo de 2007)

La brevedad y la concisión son cualidades deseables para cualquier obra artística o literaria. Ellas caracterizan a esos escritos que, en forma de decálogos, cartas, frases, pensamientos, intenciones, se han convertido en populares por la clara universalidad de su mensaje. Sin aspirar a alcanzar categoría de literatura ostentan una condición anhelada por escritores de todas las épocas: señalar a sus lectores un camino, iluminar una senda en el valle en sombras, que es la vida.

Atesoro en mi memoria unas pocas de esas "tablas" sabias y esclarecidas, factibles de ser encontradas en manuscritos guardados amorosamente entre las páginas de un libro o en pergaminos enmarcados. Una de ellas es la conmovedora "Desiderata", escrito anónimo encontrado en la iglesia de Saint Paul, Baltimore, en el año 1693 (aquella que comienza con la frase "*Anda plácidamente entre el ruido y la prisa ...*"); otra el "Mensaje de amor" de la Madre Teresa de Calcuta ("*El día más bello: hoy; la cosa más fácil: equivocarse ...*"). Completan mi grupo algunas poesías o letras de canciones queridas; todas me acompañan permanentemente.

Ubico entre estos escritos a uno que, leído hace muchos años, no deja de sorprenderme. Se trata de aquella famosa carta que el jefe piel roja, cacique de Seattle, escribe al presidente de los Estados Unidos en el año 1894, en repuesta al pedido de compra de grandes extensiones de sus tierras y al ofrecimiento de un territorio donde establecer una reservación. La carta es un alegato a la naturaleza de enorme belleza; pero no solo eso; también expresa el pensamiento sabio y profundo de uno de los grupos marginados de la civilización occidental, a los que

en la época de la carta se denominaba "salvajes", y que hoy se identifica con eufemismos más suaves (aborígenes, indígenas, "naturales"), pero de igual sentido despectivo.

A propósito del tema que nos ocupa quiero rescatar las palabras del jefe indio en cuanto se refiere al agua, que es uno de los motivos centrales de su defensa junto a la tierra, el aire y los animales.

Dice el jefe de Seattle:

" ... cuando el gran jefe de Washington insinúa comprar nuestra tierra está pidiendo demasiado (...) porque esta tierra es sagrada para nosotros. El agua con sus destellos que fluye en los arroyos y en los ríos no es solo agua, es la sangre de nuestros ancestros"

y sigue:

"Si nosotros le vendemos la tierra, señor, usted no debe olvidar que ella es sagrada. Usted debe enseñar a sus niños que ella es sagrada y cada reflejo espectral en el agua diáfana de los lagos va contando los acontecimientos y las memorias de la vida de mi gente. El arrullo del agua es la voz del padre de mi padre; los ríos son nuestros hermanos. Ellos apagan nuestra sed, transportan nuestras canoas, alimentan a nuestros hijos.

Si nosotros le vendemos nuestra tierra usted debe recordar y enseñar a sus niños que los ríos son nuestros hermanos y que también lo son de

ellos y deben comprometerse a ser tan generosos con los ríos como lo son con cualquiera de sus hermanos"

Más adelante denuncia un grave pecado de las civilizaciones modernas ...

"La tierra no es hermana del hombre blanco: es su enemiga, y cuando ha llegado a conquistarla la abandona"

... seguido de una premonición:

"su apetito (el del hombre blanco) devorará la tierra toda, dejando tras sí solamente un enorme desierto. (...) Ensucian sus casas y una noche se ahogarán en sus propios desperdicios".

La carta, cuya lectura completa recomendamos especialmente al lector, nos entrega varias lecciones permanentes. La que sigue es una de ellas:

"El hombre no teje la trama de la vida. El es apenas una hebra. Cualquier daño que le ocasione a la tierra se lo está haciendo a sí mismo".

Luego de preguntarse sobre los habitantes del bosque desaparecidos por la acción devastadora de la civilización, el jefe piel roja nos transmite el interrogante más inquietante:

"¿El final de la vida, el comienzo de la sobrevivencia?"

Este testimonio, producto del pensamiento de un hombre esclarecido, culmina con una frase que confirma que la bondad y la tolerancia son formas de la sabiduría:

“y a pesar de todo, señor, podemos ser hermanos”.

Quiero cerrar mi breve colaboración a esta edición de *La Grieta* dedicada a la noble misión de despertar la conciencia sobre el cuidado del agua, con la referencia de un hecho vivido hace unos pocos meses. En enero de este año, y estando de visita en nuestro país una pareja de amigos españoles, decidimos con mi familia llevarlos a conocer las sierras de Córdoba. En el deslumbrante Valle de Traslasierra pudimos ver la alegría de nuestro amigo al zambullirse en las aguas del río Mina Clavero. Encontramos luego la explicación a la emoción de este hombre de más de 60 años, quien nos dijo que, desde su niñez, no se bañaba en un cauce natural por estar todos los de su país desde hace mucho contaminados. ¡Qué enorme pena la de España con sus ríos llenos de historia y de música, hoy oscurecidos de muerte por la contaminación!! que pena por aquellos ríos españoles cantados por sus poetas desde Manrique hasta Alberti!; ¡cuanta por las aguas donde el Antoñito *lorquiano* fue tirando limones redondos “hasta que las puso de oro”!.

Luego de la explicación de nuestro amigo miré aquel río, visto ya otras veces en mi infancia mediterránea, y agradecí a la naturaleza por su pureza luminosa, y al verme reflejado en su espejo recordé las palabras del indio de Seattle.

Después pensé que, en su incesante y musical parloteo, y aunque yo no pudiera entenderlo, el río también hablaba; quizás en su idioma de lluvia me estuviera diciendo: ***“y a pesar de todo, podemos ser hermanos”***.

Pablo Izurieta, Buenos Aires, Marzo de 2007